

ver á hacer de las suyas (1). Entonces se sublevaron los aliados. La última lucha sostenida por Atenas por el imperio de los mares, fué ilustrada por las virtudes guerreras de los Timoteos y de los Ificrates. Con ellos pereció la gloria de las armas (2), y por consiguiente, la supremacía de la ciudad de Minerva; la historia debe añadir que no era ya digna de ella. En la guerra contra los aliados hubo un general que á una incapacidad notoria unia el orgullo y el desenfreno: Chares era el favorito del pueblo, y con justo título, dice un historiador griego, porque los Atenieses vivían como él, gastando más dinero en los festines que en los asuntos públicos; habían llegado á exceder en lujo y en molicie á los Tarentinos (3). Un decreto, que merece ser calificado de infame (4), impuso la pena de muerte á los que propusieran aplicar á las necesidades de la guerra los fondos destinados á los placeres del pueblo durante la paz (5). Es el espectáculo de Roma en su decrepitud: una nación que no pide más que pan y juegos no es ya digna de su libertad; busca á un amo que le asegure goces materiales, única ambición que le queda. En vano echó en cara Demóstenes á sus conciudadanos el pensar más en fiestas que en la salvación de la República; su patriotismo parecía reanimar algunas veces á sus oyentes, pero esta era una vida ficticia que se extinguía en la impotencia.

La hegemonía, que se escapaba de las manos de las repúblicas griegas, va á ser la herencia de la Macedonia. La Grecia, incapaz de hallar en sí misma la paz y la unión, continuó empleando en medio de su decadencia las fuerzas que le quedaban en guerras interiores; debía acabar por ser presa del extranjero. Por una providencial felicidad, sus vencedores salieron de su mismo seno, y pudieron continuar la misión gloriosa de la raza helénica. Las relaciones de los Griegos con el imperio persa, después de la muerte de Epaminondas, y el estado interior de la Grecia, son la justificación más brillante del advenimiento de Alejandro.

(1) BOECKH., t. II, p. 191.—C. PLUTARCH., *Phocion*, 11, 13.

(2) C. NEP., *Timoth.*, c. 4.

(3) THEOPOMPE., ap. ATHEN., XII, 44; IV, 61.

(4) MABLY, *Observaciones sobre la historia de la Grecia*, libro II (t. V, página 107).

(5) HARPOCRAT., v.º θρωπιζά.

§ II.—La Grecia y la Persia.

El imperio persa estaba en plena decadencia, y sin embargo, el Gran Rey mandaba á los Helenos. Bajo Artajerjes, parecía inminente la disolución de la monarquía de Ciro. Las insurrecciones de los sátrapas comprendían todas las provincias occidentales y marítimas (1); hubiera bastado el apoyo de la Grecia para derribar al coloso persa. Pero los Griegos estaban más desunidos que nunca: cada república veía su salvación en la debilidad de sus vecinos, y consideraba su prosperidad como la mayor de sus desgracias. Aun el ilustre orador, que concentraba en su alma todos los sentimientos patrióticos que aún conservaba la Grecia, no se elevaba por encima de las pasiones y de los intereses de su ciudad natal: «El interés de la República, dice, está en la debilidad de los Espartanos y de los Tebanos; éstas son las condiciones de nuestra seguridad y de nuestra grandeza» (2). Desde lo alto de la tribuna ateniense emitió Demóstenes el impío deseo de que los Tebanos, fieles á su política cruel, continuasen oprimiendo á los pueblos de la Beocia, sus hermanos (3). ¡Triste testimonio de la división helénica! La idea de una patria griega había desaparecido para no dejar en los espíritus más que una mezquina ambición y odiosas rivalidades.

En semejante estado de cosas era imposible una liga de los Griegos contra los Persas; era tan grande su animosidad, que tenían más confianza en el Gran Rey que en sus conciudadanos; cada ciudad se cuidaba de sus propios intereses abandonando los de la Grecia (4). Léjos de aprovecharse de la debilidad de los Bárbaros, los Reyes Persas impusieron á los Griegos la paz y la concordia, para atraerlos á su servicio (5). Artajerjes, que temblaba

(1) DIODOR., XV, 90.

(2) DEMOSTH., *Pro Megalop.*, § 4, p. 203; c. *Aristocr.*, § 102, p. 654.

(3) *IBID.*, c. *Leptin.*, § 109, p. 490.

(4) DEMOSTH., *De Class.*, § 3, 6, p. 179.

(5) DIODOR., XV, 38, 50.

sobre su trono, hablaba como un amo á los Helenos. Los generales atenienses eran tratados de la misma manera que los sátrapas persas, destituidos, castigados al capricho del Rey ó de sus servidores (1). La decadencia del imperio aumentó bajo el sucesor de Artajerjes, y podria decirse que el servilismo de los Griegos seguia la misma progresion. Las provincias marítimas, unidas al Egipto, se insurreccionaron de nuevo. Focion, á la cabeza de una tropa de mercenarios, ayudó á los Persas á someter la isla de Chipre. El Gran Rey empleó un cuerpo de diez mil Griegos en dominar á los rebeldes de Fenicia y del Egipto (2). La Grecia habia descendido de tal modo, que un orador ateniense pudo decir sin exageracion: «El rey de los Persas es quien gobierna á la Grecia; él es quien ordena á los Helenos lo que han de hacer, no le hace falta ya más que establecer gobernadores en nuestras ciudades. Salvo esta última señal de servidumbre, ¿qué le queda que desear? ¿No es el árbitro de la guerra y de la paz? ¿No es él quien rige á su voluntad todas las cosas entre nosotros? ¿No vamos á acusarnos unos á otros ante él, como si fuese nuestro señor? ¿No le llamamos el Gran Rey como si fuésemos sus esclavos? ¿En nuestras guerras intestinas no ponemos nuestra esperanza en el que despues de todo no desea más que una cosa, la pérdida de todos nosotros?» (3).

§ III.—Estado interior de la Grecia.

I.—Exceso de la democracia.

¿Por qué causas cayó la Grecia en esta excesiva humillacion? Lo que minó el cuerpo social y la llevó á un estado de completa disolucion fué el vicio original de la raza helénica. La hegemonía de Esparta comprimió á la democracia, que habia llegado á

(1) CHABRIAS (DIODOR., XV, 29.—C. NEP., *Chabrias*, c. 3); IPHICRATE (DIODOR., XV, 29, 43.—PLUTARCH., *Artax.*, 24).

(2) DIODOR., XVI, 42-44.

(3) ISOCRAT., *Panegy.*, § 120, 121.

ser el elemento dominante en todas las repúblicas, excepto en la ciudad de Licurgo. — Despues de las victorias de Epaminondas, hubo una violenta reaccion contra los oligarcas. La opinion habia sido tiránica, el levantamiento del pueblo fué marcado por sangrientas venganzas. Ya durante la guerra de Esparta y de Tébas estallaron las insurrecciones. El *escitalismo* (1) de Argos ha adquirido una triste celebridad. Más de 1.200 ciudadanos de los más notables perecieron en una sola ciudad (2); los demagogos mismos fueron víctimas del furor popular cuando quisieron calmar las pasiones que ellos mismos habian excitado (3). Estas matanzas en masa espantaron á la Grecia, á pesar de estar habituada á las violencias de las facciones; los Atenienses, aliados de Argos, creyeron deber practicar ceremonias expiatorias para apartar de sí la cólera de los dioses. Los crímenes cometidos en Argos presagiaban los excesos que siguieron á la victoria definitiva de la democracia. La independencia que reconoció el tratado de Antalcidas á todas las ciudades griegas, aumentó la confusion y favoreció las venganzas del partido vencedor abandonando á los oligarcas á sus enemigos en cada una de las ciudades (4). En vez de usar de su poder para restablecer la libertad y la igualdad, la democracia victoriosa se entregó por completo á la venganza. Los vencedores sufrieron la pena de sus excesos. Una desenfrenada licencia desorganizó la sociedad. La libertad parecia incompatible con el imperio de las leyes; nadie se creia libre más que cuando tenia el poder de obrar satisfaciendo las pasiones (5). En estas pasiones no habia nada de grande, nada de generoso. El amor de la patria cedia al más desvergonzado egoismo. Nadie veia en la victoria de su partido más que su propia conveniencia, y no trataba más que de satisfacer

(1) De *στυάλη*, látigo, palo (*stockprügelci*).

(2) PLUTARCO hace subir este número á 1.500 (*Præcepta gerendæ reip.*, XVII, 9).

(3) DIODOR., XV, 57, 58.

(4) IBID., XV, 40, 45.

(5) ARISTOT., *Polit.*, V, 7, 22: ελευθερον δέ και ίσον τὸ ὅ τι ἀν βούληται τις ποιῆν ὥστε ζῆ ἐν ταῖς τοιαύταις δημοκρατίαις ἕκαστος ὡς βούλεται.—C. IB., VI, 1, 7, y los pasajes citados por HERMANN (*Griech. Staatsalt.*, § 72, nota 1).

sus gustos por todos los medios licitos ó ilícitos (1). El último resultado de esta anarquía política y moral fué la tiranía que dominó en Grecia en el siglo IV.

II. — La nueva tiranía.

Dionisio el Joven sospechaba de todos sus amigos, porque, decía, conociendo que eran hombres de talento, sabía bien que preferían ser ellos mismos los tiranos, á obedecer á un tirano (2). En efecto, el deseo de una dominación egoísta era general. La tiranía, tal y como reinó en la decadencia de la Grecia, sería inconcebible si fuese un hecho aislado; pero los tiranos eran los verdaderos representantes del estado social. Cada cual deseaba para sí ó para los suyos un poder ilimitado; ésta era la felicidad que se pedía á los dioses: se detestaba á los tiranos, se deseaba la tiranía (3). Esta dominación brutal nada tiene de común con la tiranía que hemos visto, en la primera lucha entre la aristocracia y el pueblo, dirigir los intereses de las masas y llegar á ser un enérgico instrumento de civilización. Por el contrario, la nueva tiranía nació de los excesos del régimen democrático y de la anarquía; no representaba ni los intereses de la oligarquía ni los del pueblo; era la expresión de la disolución social, el ideal del egoísmo que sobrevivía á la ruina de la libertad. Personificación de todas las malas pasiones, á las que se abandonó sin freno, fué condenada justamente por la posteridad como el abuso más deplorable que se ha cometido de la omnipotencia.

Hay una isla favorecida con todos los beneficios de la naturaleza, en que los principios democráticos importados por la raza griega se desarrollaron sin trabas; pero la democracia siciliana estaba infectada de un vicio que la arrastró á la ruina. El deseo de las riquezas había hecho degenerar el combate de los dos principios en una lucha material, aún en las metrópolis. En las colonias de

(1) PLAT., *Gorg.*, p. 482, E y sig.; *Rep.*, II, 358, E. y sig.; *Legg.*, X, 889, E. y sig. — NIEBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, t. II, p. 415 y sig.

(2) PLUTARCH., *Dion.*, 9.

(3) ISOCRAT., *Panat.*, § 243, 244.

Sicilia este defecto de la raza helénica se manifestó más claramente; el pueblo hizo la guerra á la aristocracia, no tanto por obtener el poder como por desposeer á los ricos: todo se reducía á una cuestión de goce. Estas tendencias apresuraron la disolución moral y produjeron las numerosas tiranías «que ninguna tierra, según dice un historiador, produjo con tanta abundancia como la Sicilia» (1). Los Dionisios y los Agatocles, verdaderos tipos de la tiranía antigua, nos ofrecerán una imagen fiel del mundo griego en la época de su decadencia.

Los antiguos no tenían el sentimiento de la humanidad; los Griegos, el pueblo más humano de la antigüedad, eran crueles en sus guerras. No censuraremos á Dionisio por la destrucción de las ciudades, la venta de los habitantes, su expulsión; tampoco le censuraremos por el desprecio que manifestaba hacia la fe de los juramentos (2); compartía esta impiedad con la oligarquía lacedemonia. Pero lo que le distingue y lo que caracteriza sus crímenes es que la crueldad llega á ser en él un goce (3). Es inútil seguir al tirano y á su hijo en el sinnúmero de atentados contra la vida y la propiedad de los ciudadanos, de que se hicieron culpables; el espectáculo que presentaba la Sicilia á la expulsión de Dionisio el Joven es la pintura más interesante de su régimen odioso, y basta para nuestro objeto: «Siracusa estaba completamente despoblada: los habitantes habían perecido en las guerras y en las sediciones, ó habían huido por evitar la crueldad de los tiranos; la plaza pública de Siracusa estaba convertida en un desierto; la yerba había crecido tanto que servía de pasto á los caballos. Las demás ciudades, excepto un corto número, estaban llenas de ciervos y de jabalíes; las gentes desocupadas iban de caza á los arrabales y hasta al pie de las murallas» (4).

Agatocles excedió á Dionisio. Ningun tirano, dice Diodoro, había llevado hasta tal punto la crueldad. Maltrataba por masas. Cuando había que castigar á un individuo, hacía perecer á toda

(1) JUSTIN., IV, 2: «*Singula civitates in tyrannorum imperium concesserunt, quorum nulla terra feracior fuit.*»

(2) DIODOR., XIV, 5. — PLUTARCH., *De Alex. M. Fort.*, c. 9.

(3) IBID., XIV, 112.

(4) PLUTARCH., *Timol.*, 22 (traducción de PIERRON). — C. DIODOR., XVI, 83.

la familia; cuando tenía que vengarse de una ciudad, degollaba á toda la juventud (1). Su advenimiento al poder fué señalado por una horrible carnicería de los principales ciudadanos, uno de los actos más sangrientos de la sangrienta historia de las disensiones civiles de la Grecia. Apoyándose en el ejército que le era adicto, Agatocles acusó á los jefes de la facción oligárquica de haber atentado contra su vida, á causa de su afección al pueblo. La multitud, que odiaba á los ricos, pidió á grandes gritos que se ejecutase inmediatamente á los culpables. Agatocles dió la señal de la carnicería y del pillaje. El populacho desencadenado trató como enemigos á todos los que excitaban su avaricia. El desórden sirvió para satisfacer los resentimientos particulares. Ni aún los templos servían ya de asilo. Durante los dos días que duraron las matanzas, más de 4.000 Griegos perecieron á manos de sus hermanos (2).

El hombre que en plena paz asesinaba millares de sus conciudadanos no podía tener fe ni piedad en el campo de batalla (3). Se confunde uno ante el espectáculo de las atrocidades que cometió contra los desdichados Sicilianos. A su vuelta de la expedición de Cartago, no teniendo dinero Agatocles, obligó á los ciudadanos más ricos de Egesta, su aliada, á entregarle una gran parte de sus bienes; para conseguir la declaración de su fortuna los sometió á las más horribles torturas. A unos les dislocó los miembros por medio de una rueda, á otros los lanzó á gran distancia por medio de catapultas, á algunas mujeres en cinta les comprimió el bajo vientre por medio de ladrillos, hasta que el peso les hizo abortar (4).

Se pregunta uno con angustia si los tiranos eran crueles por el placer solamente de ser crueles, ó si puede disculparles, ó al ménos explicar sus crímenes, algun fin político. Los historiadores han tratado de rehabilitar á los monstruosos emperadores de Roma representándolos como terribles niveladores; tal vez los tiranos de Sicilia estuvieran animados de la ambición de unir todas las ciudades sicilianas contra los Bárbaros. Dionisio y Agatocles hicie-

(1) DIODOR., XIX, 1.

(2) IBID., XIX, 7, 8.

(3) IBID., XX, 39, 42, 54, 55.—POLYAEN., V, 3.

(4) IBID., XX, 71. Compárese XX, 72, las crueldades cometidas en Siracusa.

ron una encarnizada guerra á los Cartagineses. ¿Sería tal vez, como lo insinúa un historiador griego, que los tiranos se mostraron implacables contra sus adversarios políticos para obrar más libremente contra los enemigos exteriores? (1). Con temor aventuramos una conjetura para hallar en el régimen de los tiranos sicilianos otra cosa que sangre; solamente Dios conoce la misión de aquellos hombres, cuya existencia es una mancha para la humanidad.

La Grecia tuvo también sus tiranos. Alejandro de Feres se hizo digno de ser censurado como el más cruel entre tantos hombres sin piedad (2). *Plutarco* le llama fiera (3), y los rasgos que de él refiere bien merecen esta calificación: «Enterraba á los hombres vivos, cubría á otros con pieles de oso ó de jabalí y les echaba sus perros de caza que los despedazaban, mientras él mismo los atravesaba á flechazos: esto era para él una diversion. «El tirano estaba ligado por tratados de alianza y de amistad con dos ciudades de la Magnesia; un día que estaban reunidos los ciudadanos para deliberar, de repente los rodeó con sus satélites, y mató á toda la juventud. ¿Quién creería que aquel monstruo fuese contemporáneo de Epaminondas, y que el pueblo más civilizado, más humano de la Grecia le erigiese una estatua como á su bienhechor? (4).

Los antiguos no reconocían más principio que la fuerza, ni más regla de conducta que lo útil; pero cuando vieron la injusticia y la violencia personificadas en los tiranos, retrocedieron espantados. Declararon que la tiranía era el mayor de los crímenes (5), y pusieron á los tiranos fuera de la ley de la humanidad. Á pesar de las precauciones de que se rodeaban, pocos tiranos escaparon de una muerte violenta (6). El patriotismo, el amor de la libertad, la venganza, conducían al tiranicidio. No hay carácter más noble en la antigüedad que el de Timoleon; era de una singular

(1) DIODOR., XIX, 102. C. XIV, 45.

(2) AELIAN., V. H., XIV, 40.—C. DIODOR., XV, 75.

(3) PLUTARCH., *Pelop.*, 26.

(4) PLUTARCH., *Pelop.*, 29, 31.

(5) POLYB., II, 59, 6: αὐτὸ γὰρ τοῦνομα περιέχει τὴν ἀσβεστάτην ἔμφασιν, καὶ πάσας περιέληψε τὰς ἐν ἀνθρώποις ἀδικίας καὶ παρανομίας.

(6) PLUTARCH., *Arat.*, 26.

dulzura, salvo su violento odio contra la tiranía. Tenía un hermano de más edad que él, á quien quería á pesar de sus defectos; en un combate le salvó la vida, exponiendo la suya. Corrompido por la ambición general, Timófanos se proclamó tirano de Corinto; Timoleon, después de haber tratado en vano de disuadirle por medio de amonestaciones y súplicas, tuvo el triste heroísmo de inmolarle. Todos los hombres de bien que había en Corinto, dice su biógrafo, alabaron su grandeza de alma. Sin embargo, Timoleon sintió remordimientos; su alma se conmovió; á duras penas consintió en vivir: «Pasaba los días, presa del sentimiento, y errante á través de las más solitarias campiñas.» El sentimiento natural que se manifiesta en el grande hombre nos le hace más simpático, y le consideramos mayor á causa de su dolor. No fué este el parecer de la antigüedad. *Plutarco* le critica su arrepentimiento como una debilidad; hubiera querido que ahogase el grito de la sangre por la fuerza de la razón (1). Los historiadores antiguos ensalzan el crimen de Timoleon como la más gloriosa y brillante de sus acciones (2).

La antigüedad se manifiesta falta de humanidad y de justicia hasta en la reprobación que fulminó contra la tiranía. Los tiranos eran, sin duda alguna, culpables; pero correspondía á la sociedad y no al individuo el castigarlos. Sin embargo, los antiguos están unánimes en sus sentimientos sobre la legitimidad del tiranicidio. Oigamos á *Polibio*, el historiador griego que se ha elevado á las ideas más justas en materia de derecho internacional. Los Aqueos hicieron perecer en los tormentos á Aristómaco, tirano de Argos; se atrevió un escritor á censurar este acto, que miraba como una injusticia. *Polibio* le reprende vivamente, y declara que Aristómaco, por su sola cualidad de tirano, merecía el último suplicio; y añade estas crueles palabras: «No se le debía haber condenado á muerte en el silencio de la noche, sino haberle conducido á través de todo el Peloponeso, haciéndole perecer en medio de los suplicios, para que su destino sirviese de ejemplo» (3). *Polibio* era el

(1) PLUTARCH., *Timol.*, 3-6; *Parall. Timol.*, c. 2.

(2) C. NEP., *Timol.*, c. 1: «*Præclarissimum ejus facinus.*»

(3) POLYB., II, 59, 1, 4; II, 60, 7.

intérprete de la opinión general. El tiranicidio estaba más que legitimado; concedíanse honores divinos á los matadores (1). La filosofía elevó la muerte de los tiranos á la categoría de los más imperiosos deberes. Se negó á reconocer como hombre «á aquel que no quería entrar ni en la comunidad de derechos que constituye la sociedad, ni en la comunidad de sentimientos que une al género humano.» De aquí deduce que entre los tiranos y el resto de la sociedad no había lazo alguno; «que era preciso quitar del cuerpo social á los seres que, bajo la forma humana, ocultaban la crueldad de las fieras; que de todas las bellas acciones la más admirable era la de matar á un tirano amigo; que el hijo mismo debía sacrificar la piedad filial á la salvación de la patria» (2).

Tal es la célebre teoría del tiranicidio que Cicerón, órgano de la sabiduría antigua, enseña al fin de la antigüedad. La tiranía y el tiranicidio son la mejor condenación del estado social de los Griegos y de los Romanos. Volveremos á encontrar á los tiranos sobre el trono del mundo: los emperadores desplegaron, en proporciones gigantescas, los vicios que habían caracterizado la tiranía en las ciudades griegas. Así Grecia y Roma vinieron á parar al régimen de la fuerza bruta. Es que en el fondo no han conocido los antiguos otro principio que la fuerza. En los buenos tiempos de Grecia y Roma se ejerció la violencia en provecho de la patria; cuando la patria pereció en la disolución general, hubo hombres audaces que utilizaron en provecho propio aquella degradante doctrina. La conciencia pública se sublevó contra sus excesos, pero no supo oponer al crimen más que el crimen. Esto era confesar la impotencia de organizar la sociedad sobre sus verdaderas bases, el derecho y la humanidad. Los pueblos modernos han conquistado las garantías que faltaban á la antigüedad. Por una parte los Germanos les han dado el espíritu de libertad, que implica la idea del deber, tanto en las relaciones sociales como en las relaciones individuales. Por otra parte el cristianismo y la filosofía les han enseñado que el crimen es siempre crimen, aún cuando tenga por objeto librar á un pueblo de la tiranía; les han enseñado que la santidad del fin ja-

(1) CICER., *pro Mil.*, 29.

(2) IBID., *De Rep.*, II, 26; *De Off.*, III, 6, 4, 23.

mas justifica los medios; que, léjos de aproximarnos al fin que nos proponemos, los medios inmorales nos alejan de él. El tiranicidio no ha salvado á Grecia y á Roma; de tiranicidio en tiranicidio llegó la antigüedad á la disolucion y á la muerte.

La tiranía helénica ofrece todavía otra enseñanza. Los filósofos declararon á los tiranos fuera de la ley. Nosotros creemos tambien que la insurreccion contra la tiranía es legítima. Pero en ninguna parte cayeron los tiranos á consecuencia de una revolucion: quien puso fin á su vida fué el puñal ó el veneno. Si las revoluciones son un derecho y á veces un deber, el asesinato es siempre un crimen. ¿Por qué, pues, lo ha aplaudido la sabiduría antigua, por conducto de uno de sus más generosos pensadores? Se ha formado una singular ilusion sobre la tiranía; pero la ilusion es tan natural que se ha perpetuado hasta nuestros dias. La Grecia echa la culpa á los tiranos de la espantosa tiranía bajo la cual gemia. Roma ha imputado su servidumbre á los monstruosos emperadores. Gusta siempre á los pueblos el achacar á un individuo las desgracias que sufren. ¿Pero cómo habia de poder imponer un individuo su poder arbitrario á una nacion, si no encontrase un apoyo en ella misma? Sería inútil negarlo. No surge nunca un tirano en el seno de un pueblo digno de ser libre; si, lo que es imposible, apareciera un poder arbitrario, una santa insurreccion daria bien pronto cuenta de él. El hecho es evidente para la Grecia; los Dionisios y los Agatocles llegaron y se mantuvieron en la tiranía, apoyándose en las malas pasiones. Lo mismo sucedió en Roma: los emperadores eran los órganos y los representantes del pueblo soberano. No son los tiranos los que hacen á los esclavos; son los esclavos los que hacen á los tiranos. Si queremos preservarnos de este odioso régimen es menester que nos mostremos dignos de ser libres, conciliando la libertad con el orden, el progreso con la estabilidad.

III. — *Los desterrados y los mercenarios.*

Las tiranías acabaron la disolucion de la ciudad que las hostilidades de los Griegos y sus disensiones intestinas habian comenza-

do. La guerra del Peloponeso, la lucha de Esparta y de Tébas fueron acompañadas de revoluciones interiores; el partido dominante desterraba á sus adversarios cuando no podia exterminarlos. De aquí la desorganizacion completa de la sociedad. Una gran parte de los habitantes vivian en el destierro (1), meditando contra su patria proyectos de venganza, que muchas veces favorecian los acontecimientos. El número de los desterrados fué creciendo, cuando del seno de la anarquía se elevaron los tiranos, que perseguian con su odio suspicaz á los ricos y á los pobres, á los demócratas y á los oligarcas. En poco tiempo los tiranos de Sicione expulsaron cerca de seiscientos ciudadanos. Dionisio el Joven desterró más de mil habitantes de Siracusa (2).

¿Qué sociedad era aquella que expulsaba con regularidad á una parte de sus miembros, sin dejarles la esperanza de volver alguna vez á sus hogares? La reconciliación era imposible; se oponia á ello el mayor de los obstáculos, el interes de los vencedores, que se distribuian el despojo de los vencidos. Resultaba de aquí que la ciudad temia más la vuelta de los desterrados que la aproximacion del enemigo. Alejandro, inspirado por los más nobles sentimientos, resolvió, algun tiempo ántes de su muerte, dar una patria á los desgraciados, que andaban errantes por las tierras extranjerar: eran más de veinte mil. Este acto de justicia no fué acogido favorablemente por las ciudades griegas: sufrieron el regreso de sus conciudadanos como una dura ley del vencedor (3).

¿Qué era de los hombres arrojados fuera de su patria por las guerras ó las revoluciones? En la época en que la nacionalidad griega estaba en todo su vigor hubo tambien violentas expulsiones, pero era tan profundo el sentimiento de la ciudad que los vencidos fueron á fundar una nueva Grecia sobre las playas extranjerar. Pero en la época de que nos ocupamos no era la patria, sino sus bienes, lo que echaban de ménos; la mayor parte buscaron fortuna poniéndose al servicio del extranjero. La sed de riquezas llevó desde un principio á los Helenos á vender su valor

(1) Llamábaseles *φυλάκτες, φεύγοντες*. — WACHSMUTH, *Hell. Altherth.*, t. I, página 270.

(2) PLUTARCH., *Arat.*, 9, 12; *Dion.*, 22.

(3) DIODOR., XVII, 109; XVIII, 8.

á los Bárbaros (1). Hallábanse mercenarios griegos en el ejército del déspota asiático, que queria destruir la independencia de la Grecia. La guerra del Peloponeso introdujo esta funesta costumbre en las ciudades griegas. Al final de la guerra dominaba por todas partes el espíritu de lucro: la promesa de un óbolo más producía la defeccion de aquellos soldados alquilados, que no veían en las desgracias de su patria más que un medio de enriquecerse. Los diez mil, célebres por su valerosa retirada, prueban cuánto progresaba el mal. Ificrates y Chabrias, los últimos generales de Atenas, no fueron más que condottieros. Agesilao no se avergonzó de vender sus servicios á un rebelde egipcio. Bien pronto la costumbre fué general. Los hombres más importantes, como Focion, capitanearon mercenarios al servicio de los Bárbaros. La Persia mantenía un cuerpo regular de soldados griegos; 30.000 Helenos combatieron por Darío contra Alejandro. Había Griegos hasta en los ejércitos de los Cartagineses, la raza más antipática á la Grecia. En sus guerras interiores los Griegos acabaron igualmente por servirse casi exclusivamente de soldados de alquiler; el amor de la patria no los excitaba ya á tomar las armas; la patria estaba muerta: no quedaban más que individuos aislados, que no pedían más que una cosa, el pacífico goce de sus bienes.

IV.—*Disolucion de la Grecia.*

Tal era el estado de la sociedad griega al advenimiento del poder macedónico. En lo interior, las heguemonías de Atenas, de Esparta, de Tébas condujeron á una desorganizacion completa de la ciudad. Ninguna de las repúblicas que tuvieron la ambicion de dirigir los destinos de la Grecia pensó en conciliar las pretensiones rivales de la democracia y de la aristocracia: procuraron la dominacion exclusiva del uno ó del otro de estos elementos. A su vez los hombres del pueblo y los oligarcas diezmados, desterrados, no se trataban ya como conciudadanos, sino como enemigos. El objeto

(1) Acerca de los mercenarios, véase WACHSMUTH, § 32.—*Real Encyclopädie der classischen Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Mercenarii*.

de la lucha no era ya la gloria de la patria, sino la posesion de bienes materiales, única pasion de las sociedades en decadencia. Los más audaces se apoderaban de la tiranía; los demás, desterrados ó huyendo de una patria en donde no encontraban ni comodidades ni seguridad, buscaban la riqueza en las filas de los mercenarios. Los descendientes de los heróicos combatientes de Maraton, de Salamina, de Platea, derramaban su sangre por los Bárbaros, á quienes sus padres habian jurado un ódio eterno. El Gran Rey, áun cuando habia decaído mucho de su antiguo poder, mandaba como señor á los Griegos. La Grecia, que habia nacido dividida, acabó por disolverse. Sin embargo, la civilizacion helénica, favorecida por esta misma division, habia alcanzado su más alto grado de esplendor; los decretos de la Providencia querían que se extendiese por el mundo. Tal fué la mision de los conquistadores que van á aparecer en la escena.

SECCION II.

LA HEGUEMONÍA MACEDÓNICA.

§ 1.—*La dominacion macedónica y las heguemonias griegas.*

El norte de la Grecia contenía tribus de la raza helénica que, habiendo vivido aisladas, habian permanecido incultas y pasaban, entre sus hermanos del Mediodía, por Bárbaros. Había en aquellas poblaciones vírgenes como un sentimiento instintivo de la unidad que necesitaban los Helenos para llenar su mision. Ya un jefe tesalio, dirigiendo la vista hácia la Grecia dividida, concibió el atrevido designio de conquistarla; pero mejor patriota que los griegos, que se desgarraban entre sí é iban á mendigar subsidios de los Persas, queria rehacer sus fuerzas y llevar la guerra al